

Aguirre, la ira del mestizaje

Juan Antonio Isla Estrada

Los paralelismos entre el conquistador Lope de Aguirre y el seleccionador nacional (de origen vasco) pueden ser tan sorprendentes que quizá se trate de la misma persona. Las diferencias entre ambos obligan a pensar que se trata de dos personas distintas, tan solo separadas por quinientos años, por una locura incomparable, una tiranía matizada y un delirio con objetivos absolutamente dispares, aunque similares en utopías: uno buscaba el oro de 'El Dorado' (ciudad mítica e imposible), el otro intenta ganar una copa mundial hecha con oro de 18 kilates, inaccesible para un puñado de soldados temblorosos que jamás pueden ganar una batalla fuera de su casa.

Coinciden también en el delta de sus sueños, las amargas experiencias de quienes les antecedieron en el terco empeño de llegar al lugar anhelado. El 'loco' Aguirre organizó su expedición luego de los intentos de Francisco de Orellana, Pedro de Ursúa (pacificador éste de indios muzos y chitareros) y Jiménez de Quesada quien también hubo de pretender el arribo a la ciudad pavimentada de áureo metal. En cambio, el 'Vasco' no busca riquezas en las cuencas amazónicas, sino superar la crisis de un ejército desmoralizado por ineptos conquistadores boquiflojos y diezmado por ilusos aventureros suecos.

Diez meses y medio bastaron para que Lope de Aguirre desistiera de su sueño. De por medio quedaron crímenes numerosos, crueldades y destrucciones, tropas deshechas, traiciones y locuras. Al 'Vasco' le quedan unas semanas para demostrar a los reyes que patrocinan su expedición que es capaz cuando menos de acercarse a la ciudad en donde se supone se conquistará el trofeo.

La excursión del 'loco' fue un trayecto macabro (llevado al cine por Werner Herzog con el título "Aguirre, la ira de Dios"), entre los rumores salvajes y enigmáticos de la selva amazónica, entre las reptantes anacondas y los cocodrilos en celo, las picaduras de los mosquitos, los

disparos venenosos de los indios desde la sombra, las pasiones del amor violento y cruentos aquelarres.

Por su parte, la aventura del 'Vasco' no está exenta de calamidades y profecías siniestras. Cada paso es un misterio, cada jornada está impregnada de maleficios y sobresaltos. El imperio de los medios es la potestad de los miedos. A diferencia de su predecesor, Javier no puede rebelarse sino someterse a los designios de las televisoras y sus intereses. Atado está a los dueños del balón y a los dictados de sus patrocinios.

Aquél un colérico y desalmado personaje. Éste un táctico sin ejército. Aquél un abominable asesino con legionarios pasmados por la ambición y la ira de su líder. Éste un estratega que dirige a un puñado de soldados con arcabuces de pólvora mojada. Ambos, capitanes a la espera del hallazgo etéreo.

La derrota de aquél fue la codicia de un lugar inverosímil; la derrota de éste son las maltrechas armas de su tropa. El final de Lope de Aguirre es una leyenda de sangre y horror (dicen que su alma aún deambula por las calles oscuras de Barquisimeto), mientras que el 'Vasco' todavía sueña, a pesar de la derrota en el antiguo señorío de Cuscatlán, en donde los nativos violentos amedrentaron a las huestes con peto blanco y sin más escudo que su miedo. Ha sido vergonzoso ver cómo los despavoridos aztecas apenas entraban al campo enemigo y se caían de puro espanto, se petrificaban ante la gritería de los mestizos que clamaban por la sangre de los indios venidos del norte.

La ira de los mestizos salvadoreños explica la derrota de los mexicas. Ganarle a los señores del maíz, ha sido un triunfo de la sencillez sobre la soberbia, un éxito de los pobres sobre los empobrecidos. El estadio de Cuscatlán fue un ensordecedor grito de guerra. Los escuderos aztecas caminaban aterrados. Los goles salvadoreños fueron puñales en el corazón del orgullo mexicano, fueron una perentoria satisfacción a un pueblo que nos humilló en la ofensa de los tapabocas y en la derrota. La ira de Aguirre tendrá su revancha cuando los de Cuscatlán pisen el campo de batalla de Tlalpan, a unos metros de la Gran Tenochtitlán.



Los biólogos, los sociólogos, los estudiosos de la mente, los antropólogos, los expertos en genes y conductas coinciden: el mestizaje mexicano ha sido un cruzamiento racial que combina la barbarie de Hernán Cortés y la paciente sumisión de Moctezuma, el espíritu brutal de los conquistadores y la reacción digna del último de los tlatoanis, Cuauhtémoc (cuyo descendiente de apellido Blanco es igualmente combativo y corajudo).

¿Los mexicanos seremos fieles herederos del carácter español (en su mayoría temperamentales, groseros, exaltados, etc.) y nobles legatarios de la obediencia y el sometimiento de la raza de bronce? En todo caso, provenimos de la sublimación extrema del peninsular, capaz de lo mejor y de lo peor, de las más gloriosas hazañas y las más abyectas infamias, pero también descendientes del honor y del valor, de la revancha como oportunidad de reivindicarse, del resarcimiento como ocasión que propicia la recuperación de la dignidad, según las enseñanzas del caballero águila.

El mestizaje fallido nos hace pequeños en el temor, nos paraliza ante las amenazas, nos empobrece frente a la furia vengativa de los otros mestizos, los que provocaron la ira de Aguirre, la ira de Dios.

